

El general orgulloso de su bandera

Lucía Cárdenas Soldán - IES La Pedrera Blanca de Chiclana de la Frontera (Cádiz)

Un borlón dorado colgaba de la empuñadura del sable como si fuera una araña muerta.

El general sabía que iba a morir ese día y había decidido vestirse con su traje de gala. Era un traje antiguo que sólo se había puesto en una ocasión, hacía más de treinta años, en el desfile militar con el que celebraron la llegada al poder. En el pecho, sobre su corazón de latido cansado, lucían muchas divisas y galones: medallas, soles, escudos y estrellas de distintas formas y tamaños.

Desde su hombro derecho, partían varios cordones de distinto grosor y trencillas que, como si fueran cadenas doradas, terminaban enganchándose en el botón central de la guerrera. Una banda ancha con los colores de su bandera, se superponía a los cordones para morir en el fajín bicolor que tenía en la cintura. Sobre los hombros, dos charreteras doradas terminaban en lo que parecían dos mostachones, a juego con los galones de oro que tenía en las mangas y con la franja vertical que recorría los laterales del pantalón: *“Parezco una Virgen con tanto dorado”*, refunfuñó aquella mañana, cuando se vio vestido así, delante del espejo.

Decidió no ponerse el ridículo casco con plumaje y optó por llevar, la no menos ridícula y enorme gorra bordada con cordones de oro en la visera y con el escudo en su frontal.

En la habitación contigua, en el cuarto de aseo, se escuchaba un latido metálico, llevaba varios meses esperando que alguien arreglara aquel grifo de bronce que hubiera pasado desapercibido entre los galones de su pechera. Ya no importaba. Ya no importaba nada.

Exceptuando aquel goteo, todo era silencio, un silencio tan intenso, que incluso podía escucharse el ruido que hacían los almendros al florecer, al otro lado de la ventana.

Sabía que aquel siniestro silencio no duraría para siempre, que sólo sería cuestión de horas, que todo se llenara de gritos, disparos y caos. Sabía que alguien golpearía en la puerta y preguntaría por él. También sabía que no contestaría y que daría lo mismo que no respondiera. Ya nada importaría entonces.

Sus pupilas grises se posaban en un lugar indeterminado de la habitación. Parecía que hubieran perdido algo de color de tanto usarlas. Algunas personas van perdiendo el color de sus ojos de tanto llorar. Este no era el caso, el general no recordaba cuándo fue la última vez que lloró. Por contra, sí que había sido la causa de muchas lágrimas. Demasiadas... Pero nunca se arrepintió de lo que hizo.

Siempre estuvo convencido de que todo lo que hicieron, tras llegar al poder, fue para liberar al pueblo, ese mismo pueblo que treinta años después, parecía que se hubiera vuelto loco y trataban como enemigos a los que antaño, fueron sus salvadores.

Siempre creyó que hacía lo correcto, lo mejor para su pueblo y su gente. Que los grupos opositores y la opinión internacional estaban movidos por una publicidad engañosa promovida por las grandes empresas que tan sólo querían las riquezas de su subsuelo.

En otros países vecinos, también había triunfado la revolución, sus gobiernos habían sido más sanguinarios que el suyo incluso. Pero nadie decía nada de ellos y los dejaban en paz. Por eso, estaba convencido de que las grandes potencias internacionales que se oponían a su gobierno y que lo llamaban dictador, aquellos países a cuyos representantes se les llenaba la boca con las palabras “Derechos Humanos”, no les importaba nada su gente y lo único que querían era hurgar en las entrañas de su país para llevarse las riquezas.

Ya habían visto algo parecido en otras partes del mundo. No obstante, el hecho de que su familia le hubiera dado la espalda y que algunos de sus más estimados amigos, los mismos que lucharon con él desde el principio, hubieran cambiado de bando y se hubieran puesto al frente de lo que ellos llamaban “la contrarrevolución”, le daba más que pensar.

Había perdido la cuenta del número de desaparecidos desde que su ejército tomó las riendas de un país que estaba a punto de naufragar. Siempre asumió que aquello eran daños colaterales, sacrificios que exigía enderezar el rumbo de un mundo a la deriva. Al principio, silenciosas y calladas, algunas mujeres acudían una vez al mes a dejar flores a la entrada de la finca, más allá del bosque de almendros, pero hacía muchos años que habían dejado de hacerlo.

Sobre la mesa, junto al sable, una botella de cristal contenía un líquido de color almidonado, un regalo de un empresario inglés que también desapareció cuando las cosas empezaron a ponerse feas. Quedaba poco más de un cuarto de la botella y confiaba en que podría terminarlo antes de que golpearan la puerta. Se incorporó y se rellenó el vaso. Desprendía un intenso aroma a roble. Se levantó paladeando cada gota de aquel néctar y se dirigió hacia un rincón de la estancia donde, sobre una mesita brillante, dormitaba un gramófono cuyo altavoz parecía una flor gigante. Dejó el grueso vaso de cristal tallado sobre la mesita, buscó un disco y lo colocó en el dispositivo.

Las notas del Himno de su Andalucía, consideró que era una buena melodía para esperar a la muerte. Cogió el vaso de coñac y le dio un sorbo. Cerró los ojos disfrutando de aquel líquido que parecía convertirse en una brasa dentro de su boca y de aquellos acordes que parecía que estuvieran derramándose sobre su piel.

Sujetando el vaso en su mano izquierda, movía la derecha como si estuviera dirigiendo una orquesta invisible, dejándose llevar por la suave marea de notas que brotaban de aquella caja metálica. Se paró delante de la ventana y abrió sus ojos grises y gastados. Varias filas de almendros se alineaban con su uniforme niveo a lo largo del extenso jardín que quedaba unos metros por debajo de la edificación.

Podía haberse quedado allí toda la vida, colmado en sus sentidos, disfrutando de aquel silencio blanco en sus ojos, de aquella madera líquida en su garganta y de aquella melodía.

A lo lejos, varios camiones militares se pararon en la entrada principal, justo en el mismo punto donde muchos años atrás, algunas mujeres comenzaron a dejar flores a modo de denuncia por sus familiares desaparecidos. Los camiones comenzaron a regurgitar soldados que se parapetaban evitando los disparos de los soldados que custodiaban el acceso. Desde donde estaba el general, no se escuchaba nada, todo lo inundaba el Himno de Andalucía.

Se dirigió a la mesa donde reposaban el sable y la botella de coñac. Escuchó algunas carreras en el pasillo, al otro lado de la puerta. Imaginó que serían más soldados que acudían a sus puestos para defenderlo. Sabía que no lo conseguirían, que lo único que lograrían sería, como mucho, retrasar algunos minutos la hora de su muerte. Confió en que fueran los minutos suficientes para poder apurar aquella botella que le había regalado el empresario inglés.

Abrió el primer cajón del escritorio y cogió una llave que tenía guardada en una lata pequeña. Utilizó la llave para abrir el último cajón de la mesa, el único que estaba cerrado. Sólo contenía una caja de madera tallada. La cogió y la puso sobre la mesa.

El general sabía qué había dentro de aquella caja, era la única persona en el mundo que lo sabía. Llevaba allí casi cincuenta años y nadie se había dado cuenta. Era una caja discreta, con el escudo de Andalucía en su superficie. En la parte inferior, tenía una pequeña llave de bronce. La giró lo suficiente para tensar un muelle que estaba en el interior y volvió a dejar la caja sobre la mesa.

Los soldados hacían uso de artillería y el Himno de Andalucía ya no podía silenciar a las bombas que, cada vez más próximas, hacían vibrar los cristales de las ventanas. El gramófono enmudeció de repente. El general sabía que ya no le quedaba mucho tiempo.

Vació el contenido que quedaba en la botella y abrió la caja que tenía sobre la mesa. La abrió despacio, como si no quisiera asustar al hombre que estaba dentro. Levantó lentamente la tapa y sintió cómo un pequeño alambre dejaba libre a una minúscula mariposa de metal que giraba veloz, impulsada por el sencillo mecanismo del motor de muelle que había tensado. Los disparos, cada vez, sonaban más cerca.

Dejó la tapa abierta, en la parte interior había un espejo y se perdió en el abismo de sus propios ojos, sin prestar atención a una bailarina de porcelana que daba vueltas al compás de la melodía que emitían las láminas del techado de metal. Sostuvo su propia mirada durante un tiempo impreciso, que bien pudieron ser minutos o siglos, dándose cuenta de la marejada de sentimientos que se despertaron en su interior.

La caja estaba forrada con terciopelo rojo. Levantó un falso fondo y lo dejó sobre la mesa, junto a la botella de coñac vacía. Volvió a fijarse en el rostro que le devolvía el espejo. Hacía mucho tiempo que no era capaz de sostener su propia mirada de aquella forma. Se había visto envejecer en aquel reflejo. Había comprobado cómo su rostro se iba surcando de arrugas, mientras aquella bailarina bailaba, ajena al paso del tiempo y a todo lo que había sucedido a su alrededor.

Oculto bajo el falso fondo de la caja de música, estaba su más preciado tesoro, su bandera blanca y verde, la que había estado guardada allí durante muchos años y de la que sentía un inmenso orgullo, no sólo de su bandera, sino de su tierra, Andalucía. Dentro de la caja también había un estuche de pinturas. Estaban secas y agrietadas. El general cogió la caja y se la puso sobre sus rodillas. Se agachó y escupió sobre el círculo que contenía el color verde. Utilizó su dedo corazón para humedecer la pintura y después se lo llevó a su mejilla trazando una línea. Repitió la operación hasta que se sintió satisfecho con el color que le devolvía el espejo. Procedió de la misma forma con el color blanco y se lo aplicó debajo del verde, formando así, el símbolo de los colores de la bandera de Andalucía.

Cuando iba a pintarse la otra mejilla, se dio cuenta de que aún quedaba algo de coñac en el vaso que tenía sobre la mesa, junto al sable. Decidió llevarse el vaso a la boca. Algunos disparos rompieron los cristales de la ventana y los gritos se escuchan cada vez más cerca.

Cuando golpearon a la puerta, estaba comprobando el resultado en el espejo. No contestó.

Cogió la bandera y se la colocó sobre sus hombros a modo de capa. Las notas del Himno de Andalucía sonaban como si estuvieran desangrándose poco a poco. El general no dejó de mirar su reflejo, se sentía satisfecho con la imagen que le devolvía.

La puerta se abrió de golpe y varios soldados entraron. No los miró. Seguía perdido en la profundidad de aquellos ojos grises. Se le acabó el tiempo. La última nota de su Himno aún vibraba en el aire cuando se escucharon varios disparos.

Y todo se llenó de un silencio espeso, como de almíbar. Lo último que se escuchó fue una gota que, en el cuarto anexo, se desprendía del grifo de bronce.

La caja de música cayó al suelo, cerrada, con la imborrable imagen del rostro de aquel viejo general grabada en el espejo, con los colores de la bandera en su mejilla izquierda y envuelto en su amada y respetada bandera blanca y verde, la bandera de Andalucía.